

—Miren, dijo Lino el Mulato, cada uno señale la casa que quiera, y luego que se tome la ciudad, nos repartimos.

—Yo no quiero nada, respondió el Pípilo, viva la libertad!

—Pues yo la plata, contestó el salteador.

—Yo me *arrabiato* á lo que dice el Pípilo.

—Si hubieran oído al señor cura Hidalgo, dijo el honrado barretero, no se pensaría en robar, él quiere que seamos libres y lo mismo nuestras mujeres y nuestros hijos; ¡válgame el Señor de los Trabajos! si el señor Hidalgo es un santo! de que yo lo veo tan viejecito, pero dando disposiciones tan buenas y aconsejando á todos, me dan ganas de besarle las manos.

—Y trae mucha gente?

—Si parecen parvadas de patos y golondrinas; figúrense que toditos lo pueblos se le juntan, y todos están dispuestos á dejarse matar por la libertad y por el señor cura.

—Y ya cuentas con muchos de los amigos?

—Todos esperan que se acerque el tumulto para *pasarse*, ya verán estos señores el susto que llevan.

—Mira, Pípilo, ya se están previniendo, hace dos horas que estamos viendo pasar gente con dinero, todo lo están encerrando en Granaditas.

—Mejor! habrá para mantener á tanto soldado como trae el señor cura.

—Nos ocultaremos; porque si nos pillan ya no vemos la entrada.

Lino el mulato y los dos barreteros se dirigieron á una de las calles mas oscuras, desde donde presenciaron la traslación del dinero y de los archivos á la Alhóndiga de Guanajuato.

Al rayar la mañana del 25 de setiembre, la población vió con asombro que las trincheras estaban derribadas, los fosos cegados y destruidos todos los aparatos de defensa.

—Nos quieren abandonar; decían los del pueblo, y salvarse los europeos con sus caudales.

Esta idea era el triunfo decidido de Hidalgo; ya no era una ciudad la que debía asaltar, era un edificio.

El ayuntamiento y los soldados y las personas influyentes opinaron en contra de la decisión de Riaño; pero este se mantuvo firme y esperó al enemigo.

Un desaliento grande cayó, como una nube de plomo, sobre la ciudad: las familias emigraron y todo quedó envuelto en una atmósfera de muerte.

IV.

El 28 de setiembre se presentó Hidalgo frente á la ciudad de Guanajuato, enviando al intendente su arrogante intimación.

“He sido electo capitán general de América en los campos de Celaya al frente de cincuenta mil hombres. Con esto verá V. S. que tengo autoridad suficiente para intimarle me entregue todos los españoles que con V. S. se hallan encerrados en esa Alhóndiga, ocupando por ahora sus intereses, hasta las modificaciones que pienso hacer en el gobierno.

Dios guarde á V. S. muchos años.—Cuartel general, Setiembre 28 de 1810.—*Miguel Hidalgo y Costilla.*”

Riaño recibió el pliego, y después de consultar con los defensores del fuerte, que ofrecían acompañarle hasta el último trancé, escribió con pulso firme estas líneas:

“El intendente de Guanajuato no reconoce otro capitán general que el virrey de Nueva España, ni mas modificaciones en el gobierno que las que acordasen las Cortes reunidas en la Península.”

Riaño dirigió su última nota á Calleja, en la suprema agonía de su situación, y comenzó á organizar la defensa del castillo; porque el ejército de Hidalgo comenzaba á descolgarse como una serpiente por la cañada de Marfil.

Riaño situó sus puntos de defensa en la Alhóndiga y hacienda de Dolores contigua al castillo, colocando en ésta á los paisanos armados y situando su caballería en la bajada del río de la Cata.

El pueblo se habia apoderado de las alturas dominantes, dispuesto á formar parte del ejército independiente.

Destacóse la primera avanzada y atravesó el puente de Marfil, llegando á la trinchera colocada al pié de la cuesta de Mendizabal.

Gilberto Riaño, hijo del intendente, defendia aquel punto y mandó hacer fuego sobre los indios, que retrocedieron.

Allende se llegó á la avanzada y personalmente la condujo al cerro del *Cuarto*, cuya altura dominaba las posiciones del enemigo.

El pueblo de las minas y el de la ciudad, saludaron con ardiente clamoreo á la bandera de Hidalgo, declarándose filiados en el ejército independiente, y se posesionaron de las alturas y casas adyacentes á Granaditas, envolviéndola en un cerco de fierro.

Hidalgo, á quien escoltaba el regimiento de la Reina, subió con dos mil hombres de caballería por el camino de la Yerba-buena á las Carreras, y descendió á la ciudad que atravesó rápidamente hasta situarse en la calle de Belen.

¡Qué hermoso espectáculo presentaba aquel ejército, con sus mil banderas flameando á la luz purísima del sol!

Desprendíase de aquella muchedumbre un incesante clamoreo que repercutia en el fondo del valle y vibraba en el granito de las montañas! ¡Después de tres siglos se reproducian las escenas sangrientas de la conquista!

Oíase otra vez el silbo de la *honda* contestando al estruendo de la artillería.

Un genio habia evocado á los hijos de Moctezuma y á los soldados de Hernan Cortes sobre los campos del siglo XIX!

V.

Hidalgo dividió en dos trozos su grande ejército, colocando á los fusileros en los cerros del Cuarto y del Venado, y á los *honderos* en los puestos mas avanzados, dejando en el lugar que hemos indicado á la caballería.

La retaguardia y reserva era el pueblo todo, y miles de hombres que no tenian campo donde combatir por lo estrecho del terreno.

Una multitud de indios se ocupaban en quebrar *pedras*, que entregaban á los proveedores que salian sin cesar como hormigas por las veredas y rocas de las montañas.

Allende que era el alma del asalto, dirigióse sobre la trinchera de la boca-calle de los Pozitos que Riaño reforzó en persona.

Trabóse un combate horrible y simultáneo por los lados todos del cuadrilongo y sobre la hacienda de Dolores.

Riaño observó al regresar á Granaditas, que el centinela de la escalera habia abandonado el puesto, tomó el fusil y con una serenidad asombrosa comenzó á hacer fuego.

Distinguióse su noble figura en aquel cuadro de matanza, y un cabo del regimiento de Celaya tendiendo su escopeta fijó tan bien su puntería, que aun no habia cesado la detonacion del disparo cuando Riaño cayó revolcándose en su sangre y con el cráneo hecho pedazos.

Así murió don Juan Antonio Riaño, caballero del hábito de Calatrava, corregidor y comandante de armas de Guanajuato.

VI.

Los españoles recogieron el cadáver de Riaño, y ante el aspecto de aquel hombre mutilado por el plomo y que pocos momentos antes conservaba el espíritu sobre sus soldados, comenzó la desmoralización precursora de la derrota.

Los soldados cerraron la puerta de la Alhóndiga cortando la comunicación con la hacienda de Dolores y dejando aislada la caballería.

La unidad de acción estaba perdida y el castillo no dilataría en caer en poder de los asaltantes.

El estrago de la fusilería era espantoso en las masas, que retrocedían y avanzaban como las olas del mar enfurecido: la sangre corría á torrentes y los cadáveres se veían sobre las trincheras como los despojos de la jornada.

Dice un historiador que la muchedumbre reunida en el cerro del Cuarto comenzó una descarga de piedras á mano y con hondas, tan continua, que excedía á un constante granizo.

Las azoteas del castillo no pudieron defenderse, y los parapetos fueron abandonados.

Entonces avanzó el ejército, se apoderó de todas las avenidas y se lanzó como la lava de un volcán arrollando á la caballería española, que no pudiendo contra tan jigante empuje desapareció en aquel mar de fuego.

El punto de Dolores, débil con el aislamiento, fué atacado á su vez y tomado á viva fuerza: los españoles que no murieron al hierro de las armas, se precipitaron en la noria donde quedaron ahogados.

La posición de los defensores del castillo se hacía cada vez más apremiante; Gilberto Riaño, deseando vengar á su padre,

arrojaba cascos de fierro cuya explosión hacía un estrago espantoso sobre los asaltantes.

—Señor general Allende, dijo Hidalgo, el ataque es demasiado fuerte para prolongarlo, es necesario hacer el último esfuerzo.

—No doy un cuarto de hora á los defensores, contestó el bizarro joven, cuya figura se destacaba en los cuadros todos de aquel terrible combate; pero esa puerta me está inquietando demasiado.

Hidalgo se volvió hacia el castillo, fijando su mirada en el punto indicado por Allende.

—Lo veis, señor cura, lo veis? se defienden valientemente y mientras ese punto no se tome poco hemos adelantado.

Hidalgo tuvo una inspiración.

—Muchacho! gritó dirigiéndose al barretero.

—Señor, estoy á las órdenes de su merced.

—Pípilo, la patria necesita de tu valor ---- ¿Te atreves á prender fuego á la Alhóndiga?

El Pípilo fijó su mirada en el semblante de Hidalgo, como bebiendo los rayos de aquel espíritu gigante, y poniéndose súbitamente su sombrero dijo con tono resuelto:

—Mande su merced, que estoy dispuesto á perder la vida.

—Fuego á esa puerta! gritó Hidalgo.

Lino y otros barreteros, se entraron en una tienda que había en la esquina de los Pozitos y subida de los Mandamientos, y sacaron porción de *rajas de ocote*, y formando un haz lo prendieron y se lo entregaron al Pípilo.

El valiente barretero tomó una losa, se la puso á la espalda cubriendo su cabeza, y tomando la tea se dirigió con un arrojito inimitable en medio de una tormenta de proyectiles hasta la puerta de la Alhóndiga.

Arrimó la tea y la puerta comenzó á arder.

Un aplauso gigante resonó como el saludo de la revolución al héroe de aquel día.

Produjo tal entusiasmo la accion del barretero, que la multitud se precipitó como una avalancha y acabó por derribar la puerta que devoraban las llamas.

En medio de aquella confusion, se le ocurrió á uno de los jefes del castillo enviar parlamentarios al campo enemigo, á cuyo efecto descolgó á un oficial por una de las ventanas.

Al ver la multitud deslizarse por una cuerda á aquel hombre, creyó que se trataba de una fuga, y una descarga de piedras tirada con la fuerza terrible de la honda, hizo pedazos al desgraciado cuya sangre salpicó las paredes del edificio, antes de que tocase el suelo.

Entretanto un grupo considerable afrontando la explosion de los frasco de cobre, minaba el edificio, practicando barrenos en los cimientos.

El espectáculo era espantoso!

Aquella corriente arrastraba en su impulso hasta los cadáveres.

Berzábal, el segundo de Riaño, hacia esfuerzos desesperados en el interior del edificio; oíanse los gritos de los heridos y multitud de voces pedían *capitulacion*; todo era desórden y algazara, los indios habian invadido los patios, las escaleras y todos los departamentos.

Los españoles se refugiaron en un ángulo del patio, último atrincheramiento á tan bizarra defensa; Berzábal tomó la bandera en una mano y con la otra su espada hasta caer atravesado por las lanzas.

Cesó entónces la resistencia y comenzó la matanza en lances parciales.

Los *realistas* se ponian de rodillas suplicantes, demandando perdon.

No hubo misericordia. El pueblo enfurecido y ya en el vértigo de la victoria, acalló todo sentimiento de generosidad y se revolcó en la sangre de los vencidos agitado por la tormenta de su furor indomable.

El hijo de Riaño yacia agonizante sobre las baldosas que servian de lecho al cadáver de su padre, debiendo á pocos dias acompañarle en el silencio de la tumba.

La noche habia llegado: entónces los insurgentes se hicieron de teas, que reflejaban siniestramente sobre aquel cuadro de horrores.

A la matanza sucedió el saqueo con el botin mas espléndido que registra la historia de aquellos dias.

La multitud recorria el edificio hollando los cadáveres en su saturnal de rencor y de matanza!

El castillo estaba tomado y los defensores muertos.

Hidalgo y Allende se presentaron en aquel siniestro lugar y todo pareció calmarse.

Allende estaba vivamente impresionado con las escenas de la jornada, Hidalgo permanecia majestuosamente sereno, como el jenio de la justicia en la hora suprema de la revolucion.

La idea, la grande idea de la *independencia*, comenzaba desde aquel instante su peregrinacion sangrienta, como una barca empavesada que parte sobre un mar inquieto á los lejanos horizontes de su destino.